
BENJAMÍN SUBERCASEAUX

Forma de Chile

“En lo alto del camino la abracé con sus velos amontonados, y alcancé a sentir un poco la inmensidad de su cuerpo”.—*Rimbaud*.

LA ESCRITURA dice que Dios, después de haber creado los animales, los llevó a la presencia de Adán para que les diera un nombre. Y agrega: “Todo lo que el hombre decía de cada alma viviente, tal era su nombre” (Génesis 2:19).

La Humanidad tiene la tendencia a identificar el nombre de las cosas con su existencia: aquello que no lleva una palabra que lo designe, prácticamente no existe.

Sabemos la historia de aquel niño que preguntó a su padre el nombre de una estrella: y al responderle el padre de que era Sirius, el niño volvió a porfiar, preguntando cómo había sabido que se llamaba así.

Es una historia menos tonta de lo que parece. Que nos señalen a una persona sin indicarnos su nombre o actividad, y nos sentiremos desorientados. Por algo en la vida social existe la “presentación” que, a fin de cuentas, no es otra cosa que enunciar el nombre.

Chile no tenía un nombre. Así, pues, esta tarea de presentarlo al lector no será fácil.

Nada sabemos sobre el lenguaje del hombre primitivo y es poco probable que tuviera una palabra para designar esta región. La tierra está formada por valles, ríos y montañas que no difieren mucho cuando cruzamos una frontera. El nombre florece en los labios cuando nos vemos obligados a precisar y a diferenciar: los árboles de un bosque no llevan un nombre propio que los distinga de los demás. Es necesario venir “de afuera” para poder apreciar un nuevo estado de cosas que nos permita designar por una particularidad al país donde llegamos.

Fue, tal vez, en el período de las inva-

siones parciales cuando se habló por primera vez de la Tierra de Chili. ¿Era un ave —como algunos creen— la que articulaba esas dos sílabas en su canto? ¿Era una planta la que se llamaba así, o alguna costumbre extraña de los pobladores que atrajo la atención de los invasores? O bien, ¿Se trataba de algún apodo burlesco (los primitivos se designan entre ellos por sus particularidades risibles) para indicar una interjección frecuente o una modalidad local?

No sabemos, pero hay tres datos que nos parecen dignos de atención: este nombre va precedido siempre de la preposición de o de la contracción del: Gente del Chili, tierra de Chili, lo que parece indicar una particularidad propia de la región. Por otra parte, este nombre se aplicaba, en los primeros tiempos de la Conquista, a la zona comprendida entre el Valle del Aconcagua y Curicó. Más tarde, cuando Santiago pasó a ser el centro más importante de la Colonia, se identificó la palabra Chile con la Capital, según cuenta Vicuña Mackenna. Por fin, la palabra Chillí, en lengua aymará quiere decir: “donde se acaba la tierra”: terminus, diría un francés. En quechua, Chiri significa frío.

Si consideramos el espíritu grave y poco imaginativo del indígena americano, es posible que la barrera que les opuso el mar, o las molestias que les ocasionó el clima austral, influyeran más en la denominación de Chile que el canto de los pájaros o las particularidades psicológicas de sus habitantes.

Como sea, el nombre que recibió este país fue el de Chili o de Chile, como lo llamaron después.

No nos podemos quejar; la palabra es

fresca, matinal. No hay razón para decirlo, pero lo sentimos así. Por la misma causa que Brasil nos evoca algo espeso, oleoso; Perú, un nombre que huele a cosa antigua, a madera exótica; Argentina, un nombre de vedette o de primera hija de inmigrante nacida en América.

La palabra Chile tiene un sabor infantil, irresponsable, como el primer rayo de sol que pasa acariciando nuestra tierra en un amor rápido de amanecida, y que, de un vuelo, alcanza hasta el mar.

Porque la tierra de Chile es angosta. Hay regiones en que basta subir a un monte para poder abarcarla con la vista desde la cordillera hasta el océano.

Si el mar quedara en seco, podríamos bajar desde una altura de cuatro mil metros, en la cordillera, hasta una profundidad de tres mil metros, en el mar, sin haber recorrido más de ciento veinte kilómetros en línea recta, entre la frontera y el fondo del Pacífico (A la altura de Illapel).

Luego, esta tierra, a más de angosta, es larga: se prolonga interminablemente hacia el sur; oscila un poco, tan pronto al oeste como al este; se quiebra más abajo en forma inverosímil; se inclina un tanto al oriente, y después de una carrera enloquecida a través de 38 paralelos, se agudiza y termina en un punto: Horn: una pequeña isla negra y rocosa azotada por las tempestades en el extremo más austral del mundo.

Visto el mapa de América, Chile aparece como un largo ribete amarillo que bordea a la Argentina por el oeste. Se diría una simple coquetería cartográfica para que las fronteras de este país no se mojen en las aguas heladas del Pacífico.

Mirado en un mapa regional, Chile aparece un poco más ancho y dividido en provincias de diferentes colores. Es lo que llaman un mapa político. Su aspecto es deplorable y confuso. Su estudio también. Desde la primera mirada dan deseos de evitar tanta complicación y de limitarnos a "la larga y angosta faja" que nos enseñaron desde la niñez. Solemos dar una mirada a la línea más oscura de la cordillera, y nos decimos que basta con esa referencia: lo que va de ella al mar, debe ser Chile. Porque ¿Vale, acaso, la pena de quemarnos los ojos en el estudio de un país tan pequeño?

Esta es la geografía de muchas personas decentes. Parecen ignorar que Chile tiene una extensión mayor que cualquier país

de Europa, excepto Rusia (me refiero al "legítimo" mapa de Europa). No saben que sus montañas son las más altas del mundo, después del Himalaya; que sus costas están entre las más extensas y complicadas que existen; por fin, que su extraña configuración a lo largo de 4.200 kilómetros, hace de nuestro país un pequeño mundo escalonado en los más variados climas y tipos que posee la tierra.

Si en vez de este carácter indolente y apático, que es el nuestro, hubiéramos nacido con el espíritu entusiasta e imaginativo de los americanos del norte, ya tendríamos Geografías, películas y novelas de aventuras, donde alternaran en un ambiente tórrido y desértico, los morenos pampinos con los hieráticos indios de los salares atacameños; en el Pacífico, los canacas polinesios de la Isla de Pascua, y los pescadores del Valle de Lord Anson, hijos de algún naufrago perdido en las playas de la Isla de Robinsón. Veríamos a los araucanos combativos y a las robustas mujeres que reman en los mares de Calbuco; a los chilotes, pequeños y locuaces, con sus caras de japoneses; a los alacalufes de los canales sombríos, navegando en sus canoas primitivas; a los cow-boys de la pampa magallánica, con sus altas botas, su chaquetilla azul de mecánico y la gorra con la visera puesta atrás, luchando contra las ráfagas del pampero; seguiríamos a los buscadores de oro a través de la Tierra del Fuego; y en el Canal de Beagle, nos contarían las historias de los loberos, mezcla de pescadores, contrabandistas y piratas, que recorren en sus cutter los canales del lejano Sur, imponiendo su querer, sin otro freno que el de su propia ley.

Pero nosotros, los chilenos, nos pasamos la vida mirando el ombligo agrícola y administrativo del país. Hasta las películas, cuando quieren dárselas de nacionales, nos muestran campos y trillas, como si las trillas de todo el mundo no fueran iguales. Quizás si los comerciantes y los geógrafos hagan bien en proceder así (Las geografías actuales son económicas. Se dirían escritas para comerciantes). Los artistas no tienen para qué seguirlos. Por lo demás, todo hombre debe tener algo de artista para comprender su patria, para comprender el mundo, para comprender algo de cada cosa. Quizás si hasta el comerciante no necesita también del Arte para imaginar otras realidades más atractivas y provechosas que su prosaica realidad cotidiana.

Chile es más que una simple Capital en vías de construcción: que un reducido centro agrícola, o un conjunto de comunas que oímos nombrar por primera vez en algún cómputo electoral. Hay un país vasto, imponente, que es orgullo del geógrafo, del naturalista, del viajero. Un país, en una palabra, que es la satisfacción del hombre en su sentido más legítimo, y con más razón, del artista que, a fin de cuentas, es el hombre en su máxima potencia de captación y de sensibilidad.

«Chilli, "donde se acaba la tierra", decían los aymarás.

Y tenían razón; a menos que sea donde comienza.

En una superficie de 750.000 kilómetros cuadrados, Chile extiende su territorio frente al mar como una ofrenda muda. Dando las espaldas a la América; alejado de toda vía comercial que lo haga volver la mirada hacia Europa, se ha quedado ahí, contemplando el océano infinito, como si en él hubiera perdido algo que en otros tiempos, y aún ahora, le fuera vital. Como náufrago abandonado en una costa sin recursos, ha seguido con la mirada al barco que se alejaba sin verlo, y lo ha dejado perderse en el horizonte sin querer mudar de actitud.

Porque la verdad es que sería preciso recorrer la mitad del globo si queremos toparnos con alguna tierra habitable, más allá del mar.

Si partimos en línea recta desde Valparaíso al oeste, al cabo de dos días (300 millas mar adentro) pasaríamos cerca de las Islas de Juan Fernández. Las cruzaríamos por el norte, sin verlas.

Después de tres semanas, estaríamos a la altura de Pascua, a unas cuatrocientas millas al sur, sin sospechar siquiera su presencia. Más allá serían semanas y semanas de mar y cielo hasta abordar en alguna de las Islas Kermadec, en Oceanía, o bien en el extremo norte de la Nueva Zelandia. Si la deriva nos hubiera torcido un tanto el rumbo, transcurrirían dos semanas más hasta toparnos con la costa de Australia, un poco al norte de Sydney.

Ahora, si inventamos un nuevo itinerario, saliendo del Estrecho de Magallanes hacia el oeste, podríamos entretenernos en dar la vuelta al mundo en línea recta, hasta volver nuevamente al Estrecho, esta vez ligeramente corridos al sur. En este largo trayecto divisaríamos tal vez —no es muy

seguro— algunas posesiones británicas perdidas en el sur del Pacífico, del Indico y del Atlántico. Como vemos, un recorrido ideal para los que buscan un aislamiento total del Espíritu.

En Chile, vivimos en ese aislamiento, y no porque lo hayamos buscado con el spleen de una lady romántica. Además de este mar inexorable, tenemos por el este una tremenda muralla granítica que sólo deja algunos boquetes por donde cruzan, penosamente, el ferrocarril transandino, en la parte central; los contrabandos de ganado más al sur, por fin, en el extremo, las ratas, que suelen venir a infestar los campos de Puerto Montt.

En los fiordos australes, es el mar quien perfora los últimos restos de los Andes y se avanza hasta bañar, casi, la frontera Argentina. Esto crea una curiosa promiscuidad de razas. En Puerto Natales —al fondo de Última Esperanza— me he visto sentado en el comedor del Hotel Cruz del Sur, junto a un gaucho de Río Gallegos, a un estanciero chileno y a un indio alacalufe (rara avis). Vestía a la europea y no olía a pescado. Me dijo que en el verano se dedicaba al comercio de pieles con la Argentina. En el invierno, abandonaba su cómoda indumentaria y ceñía la piel de foca; así estaba mejor para salir en canoa con los suyos, en busca de la nutria y del lobo de dos pelos. Le pregunté si no sentía frío al abandonar sus ropas en la estación más rigurosa. Me respondió que era precisamente ahora cuando sentía frío. "Estando desnudo, todo el cuerpo se hace cara", agregó a modo de explicación.

Sabemos que en el extremo norte, Chile está separado del mundo por una ancha extensión desértica. Por el sur, mira hacia los hielos del Polo. Por el oeste, tiene el océano hasta la mitad del mundo; y por el este, la cordillera inmensa.

Un país así se llama Isla, aun cuando sus límites no encuadren dentro de la definición geográfica de las islas.

Como sea, sabemos que ellas son la tierra de los marinos y de los pescadores. Nosotros hemos creído que nuestro país podría ser la tierra de los políticos y de los agricultores.

En Chile hay pocos mapas, y no todos son buenos.

Chilli, donde se acaba la tierra

Es fácil decir: "Chilli, donde se acaba la tierra". Más difícil es responder: por qué. Los pueblos prehistóricos que se aventuraron en ese largo viaje de las migraciones (que no era *viaje* en el sentido actual sino un avance mínimo, continuo o periódico, siguiendo las alternativas de su precaria existencia) se toparon con diversos obstáculos que les hicieron más penosa la orden tácita de avanzar siempre y extenderse sobre la tierra hasta alcanzar sus últimos confines.

Estos obstáculos fueron particularmente graves para el hombre "que debía llenar nuestra América". La vieja Europa con sus llanuras y sus ríos anchurosos deslizándose tranquilos hacia los cuatro puntos cardinales; el Asia, y el Africa con sus lagos, selvas y la extensa calvicie de sus desiertos que, si bien limitan al mar, tienen en cambio un suelo firme y la meta jalonada por verdes oasis, todo hacía más llevadero en otras partes el peregrinaje vital, el viaje sin prisa, donde el río era vehículo; el lago, refugio; la montaña, miradero y guía; el bosque, alimento y vestido.

Las islas Oceánicas opusieron, tal vez un obstáculo mayor para los que vinieron por esa parte del mundo. No obstante, la naturaleza había dotado a esa porción de tierras desmembradas con un nido amoroso y suave: el fruto pendía del árbol; el clima hacía las veces de vestido; las costas ribeteadas de corales poco profundos y la transparencia de las aguas permitían una pesca casi sin útiles de pesca: una simple caza terrena hecha marítima a golpes de arpón o tiro de flecha, donde la azagaya aguzada se sumergía veloz en las aguas cristalinas traspasando el cuerpo escurridizo del pez tropical. Todo les favorecía: las anchas hojas, tiesto y cuna de su alimento o de su amor, las palmeras gráciles y sus frutos abundantes, las verdes y enormes tortugas, el dominio fácil y el conocimiento rápido de una pequeña porción de tierra que pronto abarcaban en su totalidad y les permitían fijar de una vez el espíritu del grupo y la mutua perfección de esas comunidades reducidas a sus propios límites.

Y tuvieron tiempo para vivir y para pensar cómo lo harían; porque el pensar es algo que se despierta cuando la vida es muy

angustiosa y esforzada, o cuando la paz del corazón es tan grande que la inquietud del hombre se harta de ella y busca entonces la manera de perturbarla con el sueño azaroso de la aventura. Los hombres de las islas Oceánicas meditaron largamente frente a su prisión azul; frente a ese más allá que les gritaba, noche y día, el llamado hacia lo único que ellos no podían tener: la extensión vasta, la mudanza continua que trae el continuo avanzar hacia lo desconocido. Fue así cómo, de tiento en tiento, lograron aprender y ser maestros en el arte difícil de trasladarse sobre las aguas.

Una de las consecuencias de tal maestría fue la de llegar al "país donde se acaba la Tierra", dándonos así la lección envidiable de que la tierra no se termina sino donde se agotan la pujanza de los hombres, la entereza del corazón y ese espíritu de curiosidad aventurera que Dios puso en su criatura para que ésta se multiplicara y llenara el Planeta.

Vemos, pues, como todo fue simple —o relativamente simple— para la conquista de otros continentes. En cambio, el hombre "que debía ocupar nuestra América" (hay como un imperativo categórico en la distribución geográfica de los pueblos) no fue favorecido por el mar ni por los ríos ni por las llanuras, salvo el hombre de las pampas, que tuvo las llanuras, pero no tanto los ríos.

Por lo demás, ese avance de Oriente a Occidente —o a la inversa— que tuvieron otros pueblos no regía para estas migraciones humanas que sólo pudieron abordar la América por el extremo Sur y el extremo Norte. Sea en esa peregrinación por Behring y Alaska; sea en la ascensión lenta por el camino de la Antártida, las olas migratorias tuvieron que seguir en nuestra América la dirección de los meridianos. Los ríos en su mayoría se les presentaron como barreras que era preciso franquear, no como caminos expeditos y viables para hacerles menos penosa la jornada. Luego el clima, los bosques, las montañas eran aquí francamente hostiles para la débil criatura primitiva, desnuda e inerme. La selva no era la madre que, como en otras partes, le ofrecía el alimento y el vestido; era una madastra que les tendía la red de la desorienta-

ción y la locura; que escondía el enjambre abrumador de los insectos y de las serpientes insidiosas. El bosque era el tentáculo que tendía las ramas vivas de sus lianas para cogerlos, amordazarlos y acallar para siempre sus voces en la noche húmeda, bajo las copas espesas que incubaban bochorno y podredumbre. Las montañas tampoco eran las montañas de otras partes, con sonrientes valles y altos pastos donde abundaba la caza. Aquí era el precipicio tétrico, al fondo del cual rugían los torrentes: cumbres que sucedían a las cumbres como una pesadilla sin fin. Era el cóndor de muerte planeando en el aire diáfano y yerto de las alturas, o el guanaco esquivo, única presa probable y útil. En seguida los hielos, quemándoles los pies y los pulmones ahí mismo donde días antes, un poco más abajo, habían estado sumidos en el clima ardiente y untuoso del trópico.

Sólo les quedaba el mar. Pero hasta este último, agitado por las fuertes corrientes y los vientos impetuosos, no daba tregua para que el hombre meditara y aprendiera el medio de vencerlo y de aventurarse sobre él. La costa tampoco podía ser utilizada, porque la selva solía entorpecerla con la maraña de sus raíces aéreas hasta los mismo pantanos que, gradualmente, la iban convirtiendo en mar.

Cumbres altísimas e inhóspitas, ríos colcados al través, selvas pútridas, mar negado a todo abrazo, como no fuera el de la muerte, y luego la consigna de seguir siempre al Sur (los del Sur tuvieron buen cuidado de no continuar al Norte), todo contribuyó para tender una celada a los que vinieron primeros y para hacer menos aptos a los que siguieron después. Porque la verdad es que en la Humanidad, pasada o presente, las razas se mezclaron y sobrepusieron y que, en su mayor parte, evolucionaron hasta nuestros días. Parecen no advertirlo los etnólogos y antropólogos cuando nos hablan de la prehistoria a la manera de algo remoto y como extinguido por una inmensa hecatombe, y como si la Humanidad actual hubiera aparecido por generación espontánea en un momento dado de la Historia. De hecho, *todos* los hombres han seguido su evolución, progresiva o regresiva, a la par de la nuestra, y hoy como ayer podemos "hacer prehistoria" con el hombre que circula por la calle.

Esto reza sobre todo para Chile, porque en este país fueron más los pueblos que entraron que los que lograron salir, y porque

los defectos y virtudes con que llegó el primer habitante a esta tierra parecen seguir palpitando en ese conglomerado de razas que es nuestra raza.

Como sea, este "hombre americano", que no fue cuna de la Humanidad como pretendió cierto sabio sino desecho de ella (lo prueba su comparativo atraso respecto al que, en la misma época prehistórica, tenían otras "Edades" del Viejo Mundo), se vio abocado a la más esforzada de las tareas, como si la tierra se hubiera negado desde el comienzo a recibir tan menguado habitante, o como si el destino se hubiera empeñado en aplicarle la trágica consigna bíblica *de despojar al que tiene poco de lo poco que tiene*.

Porque así lo vimos y lo seguimos viendo: pobre en todo aquello que significa industria y superación. No encontramos en el primitivo hombre de América (salvo el caso único y ya cercano de los aztecas, incas y atacameños) al polinésico industrial, rápido y ardiente en su misión de navegar la tierra; para quien el emigrar era un placer nacido de la aventura, antes que una necesidad —como en este otro— de luchar perpetuamente con la muerte. No lo veremos, pues, en alas del progreso reposado sino a la siga, como a pesar suyo, de un destino inexorable al cual continúa obedeciendo con la cabeza inclinada y el alma pronta al ardid nefasto: respuesta amarga a su propia pobreza o a su rencor oculto. Lo veremos indiferente a todo, porque quedó sin la esperanza que engendra la curiosidad y, en último término, la admiración. Su cansancio eterno no fue la fatiga meritoria que da el triunfo, sino el agotamiento de la poca energía disponible que empleo en perseguir una meta que no deseaba. Otro tanto debió ocurrir a los que le siguieron. Porque esta tierra pobre, como es la nuestra, fue despreciada por todos, y sólo consintieron en descubrirla cuando la riqueza de otras partes tuvo su dueño, y que sobraron hombres y faltaron motivos para nuevas glorias.

Permaneció, pues, el hombre de esta tierra, estacionario y pensativo frente a la llanura líquida que limita su territorio. Limitado él mismo por la sequedad amarga de su espíritu, contribuyó por decisión tácita a fijar un confín a su propio mundo. De su alma perezosa y pronta para detener la jornada antes de haberla cumplido nació la frase: "Chilli, donde se acaba la tierra", olvidando que es ahí, precisamente, donde

comienza el mar con todas las posibilidades que él encierra; es por esta razón que lo veremos a través de los siglos como un mendigo, viviendo del mordisqueo humillante que le ofrece el litoral.

La prehistoria suele fijar desde límites remotos los defectos que los pueblos habrán de sobrellevar o vencer. Nos queda el consuelo de ver que aquellos pueblos favorecidos del Viejo Mundo que todo lo poseyeron, y a quienes el destino colmó de sus dones generosos, no tienen ya más que hacer en el planeta, como no sea recorrer el camino inverso y decrecer en la medida en que se alzaron. Mientras más alta fue su ascensión, más baja será su caída. Lo estamos viendo para aquellos pueblos que hemos identificado con la palabra Civilización. No son ellos distintos de los nuestros, en edad o experiencia; porque el hombre, sea donde esté o el progreso que alcance, será siempre El Hombre, hermano y congénere hasta del último salvaje a quien acompañó, en presencia o ausencia, a través de los siglos y de la Historia. Así, pues, este hombre de América que la suerte o la propia desventura colocó en posición vergonzante, tiene en sus manos, ahora más que nunca, el dominio de un nuevo destino que consiste en alzar la vieja frente inclinada y mirar hacia el mar, tanto tiempo despreciado. No está solo en la empresa. Parte de esos hombres del Viejo Mundo, que tanto aprendieron de industria y tan poco de felicidad, cruzaron los mares, vadearon los ríos, clarearon los bos-

ques, y están ahora junto a ellos, tan alejados y huérfanos de sus primeros hermanos de Europa como lo está el hombre de América de su primitiva hueste asiática. Es verdad que estos intrusos de última hora llegaron con el martirio, primero; con la explotación, después; pero ya una larga experiencia y un destino común los han identificado con la tierra y el sino de sus hombres. Es de ellos que vendrá ahora la palabra salvadora; son ellos quienes levantarán las frentes cansadas de los otros y apoyarán cariñosamente la mano sobre el hombro suave de estos hombres de otro color y de otra raza. Son ellos quienes dirán por fin que todos estamos igualmente solitarios; que el país que nos cupo en suerte es hermoso al cabo, pero que de nada nos serviría la hermosura de nuestra tierra si fuera preciso quedarnos en ella mirando eternamente al océano, con la vista perdida en la lejanía como expósitos de un barco que nunca regresó.

Estos nuevos hermanos llegaron a estas costas en virtud de un arte naval que no tuvieron todos los de aquí: un arte por el cual triunfaron y en el cual confían. Por él harán que la vieja raza alce la mirada ante la voz nueva. Porque si la antigua exclamación pesarosa fue: "¡Chilli!, donde se acaba la tierra", esta otra iluminará los ojos de esperanza, cuando les oigamos decir: "¡Chile, donde comienza el mar!".

Tierra de Océano. Ediciones Ercilla. Santiago de Chile, 1948. Págs. 21-27.

Donde cantan los árboles y los pájaros de mi tierra

Hay un paisaje que se hizo chileno con el tiempo y que no conocieron los aborígenes.

Hemos hablado del álamo y del sauce, dos siluetas características de nuestros campos. Sin embargo, estos árboles fueron importados más tarde, junto con el castaño, el nogal y el olivo. En la región central abunda, asimismo, la vid. Los extensos castañares suelen colindar con los parques y las casas de cada hacienda. Bajo el sol de mediodía, los hermosos follajes extienden su sombra oscura sobre el suelo amarillento.

Hay una mezcla de manchas irregulares de luz y una tonalidad que va del ocre al amarillo en los frutos desparramados al pie de los árboles. Si los apretamos entre los pies—los dedos no resistirían las espinas—surge de la vaina un paquete barnizado, sedoso por el mullido envoltorio y la frescura del aire que lo toca por primera vez. Es entonces, solamente, que la palabra adquiere todo su prestigio: castañas...

Los troncos gruesos y blanquecinos de los nogales perfilan también su silueta en la huerta de las "posiciones" o en la arbole-

da de "las casas". En verano les crecen anchas hojas que filtran una suave luz verde. Algo tierno y lechoso circula por ellas. En el nogal, todo es nuez. Se diría que la carne amarga y cálida descende, líquida, por las hojas, los tallos, las ramas mismas. Y es un ruido seco de bolitas de madera durante la cosecha, y con unos envoltorios negros y muertos que caen al suelo, contrastando con la vida jugosa y vegetal de los noguerales.

Por fin, hay el olivo, plateado y gris. A su sombra, no hay sombra; todo es seco en torno. Polvorientas sus hojas y finalmente lanceoladas, no parecen indicar fuerza ni robustez: sin embargo, el es eterno; millenario de bondad; suave y pacífico como el óleo.

A estos grandes hermanos transplantados que llegaron a hacerse nuestros, debemos agregar el álamo crepitante y el sauce, que los chilenos llamamos "llorón", por el aspecto triste y colgante de sus ramas. Es una Niobe desconsolada que llora a sus hijos sobre cada estero de nuestros campos.

El paisaje chileno no era llorón en otros tiempos. No existía la aspiración celeste y temblorosa de álamo ni la cabellera implorante del sauce. El campo era un arisco matarral cubierto de polvo de espinos leñosos y perfumados, y de otras floraciones coriáceas que llamamos el peumo, el litre, el boldo, el maqui y el quillay. Sólo el maitén alzaba su forma delicada, como una nota de ternura en medio de tanta rudeza insensible y olorosa.

El quillay fue el primer punto de contacto con los árboles de mi tierra. De su corteza se extrae una substancia jabonosa que sirve, entre otros menesteres, para lavar el cabello. Me veo todavía, inclinado sobre el lavatorio de porcelana floreada, apretando fuertemente los ojos y medio sofocado por el olor fresco y picante del quillay. Era una tragedia familiar ese día en que "se lavaba el pelo". Toda la selva chilena complotaba para cegar al niño que se debatía entre los copos de espuma y los dedos bien abiertos de la sirvienta india mesándole los cabellos con furia sana y risueña. Desde aquellos días, el quillay representa para mí el principio de limpieza de nuestro indio; no de aquel mestizo descuidado que las gentes creen sucio, sino de aquel otro que iba al río desde pequeño y se sumergía nadando con una mano, sin soltar la lanza ni temerle al hielo que corría por el tumulto de las aguas vírgenes.

En las serranías de la costa crece otro árbol esencialmente nuestro: la palmera chilena (*Jubea spectabilis*). Es hermosa más allá de toda descripción. De su tronco se extrae una miel exquisita (la "miel de palma") que ha sido explotada con una avidez de hormigas. Casi han agotado este magnífico ejemplar de nuestra flora sin que nadie se cuide de su perpetuación. En la hacienda de Ocoa subsisten todavía algunos ejemplares.

Mientras no hayan rehabilitado la palmera de la miel —si todavía es posible— no dejaré de pensar que los chilenos somos indignos de esta parte de belleza que le cupo a nuestra tierra en los repartos de Dios.

La fauna de esta región es pobre. En el fondo de las cordilleras planea el cóndor. Cuando las nieves son muchas, baja "el león" (puma) hasta los valles y se lleva algún ternero. Suelen verse sus huellas en la arena húmeda de los torrentes, pero a él no se le ve jamás.

El mundo maravilloso de los insectos no tiene en nuestra tierra el esplendor y la variedad que se observa en los países tropicales; y es casi una bendición que sea así, porque todo confluye en este Chile para que el paisaje, el ambiente y los seres, sean de una perfecta chilenidad. No existen aquí las inmensas mariposas azules del Brasil, pero entre las floresillas de las huertas revolotean unos como trocitos inquietos de papel que la brisa levanta sobre el fondo purísimo del cielo y luego deja caer sobre el suelo ardiente, donde se quedan inmóviles, con las alas plegadas arriba en una oración temblorosa de finas nervuras.

Y hay las mariposas amarillas, de un fresco color de limón; y las hay rojas, algo terroso y un tanto ordinario, pero que armonizan tan bien con la olla de greda, el poncho descolorido por el sol, y la arcilla de nuestros campos.

Los Coleópteros, esos "pololos" que interrumpen la lectura bajo la lámpara, frente a la ventana abierta y la quietud de la noche, tienen entre sus variedades algunos ejemplares de rara belleza; desde los carábidos tornasoles, esas pequeñas joyas rojoverdes de la región sureña, hasta los gruesos "pololos" verdes y pardos, cuyos élitros son brillantes y como cubiertos por un fino barniz. El Ciervo volante los domina a todos por su belleza agresiva, con sus enormes cuernos y el zumbido alarmante de las grandes alas.

Sería difícil y engorrosa la cuenta de los insectos chilenos, si tuviéramos que mencionarlos a todos. Hay el gran abejaorjo color de miel, el *Bombus chilensis*, un pelotón de terciopelo encendido que vuela pesadamente de flor en flor por el bochorno sofocante del mediodía; y la abeja caupollicana, negra azabache, con el abdomen cubierto por un suave vello blanco, que recorre con afán perseverante y reposado las florecillas silvestres de los cerros.

Las arañas —esas temibles creaturas, de quien un amigo decía que, si ellas tuvieran el tamaño de un gato, preferiría no existir— cuentan entre nosotros con el único ejemplar venenoso de toda la fauna chilena: el "*Lactrodictus formidabilis*". En realidad, es menos formidable de lo que se cree esa arañita de abdomen colorado y, como todas las creaturas de Dios, es preciso ir a buscarla donde anida, para que ella se encolerice y nos haga algún daño.

Mucho más formidable —por lo menos en su aspecto— es la gigantesca e inocente "araña de cerro". Se diría una mano inmensa y peluda que cruza por los senderos secos y pedregosos, midiendo el terreno por "cuartas" rápidas y laterales, como el andar de las jaiwas. Todo esto entre el pequeño desierto gris de las piedras calcinadas, el fuerte olor de los boldos y los peumos, y el vaho que sube de la cabalgadura sudorosa y espantada por esta aparición del Averno.

Contrastando con la sequedad de los cerros, los esteros en el valle se adormecen en un sueño cristalino, o despiertan súbitamente en el parloteo rumoroso de las piedras lisas y brillantes. Hierbas perfumadas los rodean. La menta, la yerbabuena y el toronjil, les inventan paraísos glaciales, donde el olor del agua se confunde con la fragancia transparente que se desprende de las hojas. Y hay los mugidos lejanos que vienen con la brisa que agita el follaje de los sauces, como una intrusión de la vida activa del campo que se cuele en estos oasis de paz. Tampoco falta el camino polvoroso, sediento, que se precipita en el vado para enturbiar por unos instantes esta quietud perfecta, que la corriente luego limpia con su propio cristal inmarcesible.

Es ahí donde viven su larga vida silenciosa los pejerreyes, las truchas y los salmones. Los bagres suelen salir de los fondos pantanosos y mezclar, como en la vida, su fealdad de barbas carnosas al relámpago frío y plateado que deja el cuerpo esbelto del pejerrey.

Así se lo pasan nuestros peces de agua dulce, comunicándonos su luminosa y sabrosa aleación de la tierra y del mar. Y son tan codiciados por los ribereños que no podríamos decir como en la canción de Francois Poulenc:

Dans vos rivières, dans vos étangs,
carpes que vous vivez longtemps...
¿Est-ce que la mort vous cublie,
poiss de la mélancolie?¹

Nada es melancólico en nuestros esteros y en nuestros campos. Son ellos tan jóvenes, tan matinales, que parecen prolongar esa sonrisa de luz que tuvo el despertar del mundo y traspasar con ella hasta la noche misma, que no se resigna a ser sombra y se convierte desde que comienza en una promesa de amanecer. Los pájaros nocturnos la atraviesan con su vuelo de seda. Y no son negras las lechuzas, sino blancas. Ellas quieren que nada sea triste en la noche del campo chileno: sólo una luna muy grande sobre los potreros dormidos; un concierto de sapos que titila en la lejanía, ajustando su ritmo al parpadeo de las estrellas y, por fin, ellas, las lechuzas, con su "Hu, Hu" invisible, como un murmullo que sale de las plumas suaves o un efluvio sonoro que despiden los grandes ojos atentos. Algo hecho para asustar a los niños, o para que éstos comprendan mejor el prestigio de la noche que los invita a la fuga en la placidez del sueño.

Los pájaros diurnos sí que forman un dulce y visible concierto matinal. Las diucas, grises como el alba, tienen un canto tímido, con frescura de amanecida. Los chincoles lanzan su "Tío Agustín" en la hora calurosa de la siesta. Hay también los chercanes, "amigos de la culebra", que habitan en las viejas tapias; los jilgueros verdosos, la loica de pechuga encarnada y otros pájaros cuyo nombre no recuerdo, pero que lanzan extraños gritos en el silencio de las quebradas. Son unas carcajadas invisibles que se desgranán de los montes y van repitiendo su eco por la espesura. O bien, un llamado angustioso que sale de alguna vertiente olvidada y que, de tumbo en tumbo, recorre las laderas y los riscos hasta que otro llamado igual le responda desde el monte cercano. Y es tanto el silencio en aquel instante, que el estremecimien-

¹En vuestros ríos, en vuestros estanques. — Carpas, cuán largo vivís... — ¿Acaso la muerte os olvida. — Pez de la melancolía?

to de la cabalgadura para espantar algún tábano, parece profanar el conjuro misterioso que nos rodea.

En el valle hay tordos, zorzales y tencas. Son los delincuentes del pajarerío. Cuentan los campesinos que estas aves roban pequeños objetos y los esconden en sus nidos. Por eso, tal vez, decimos de los pillos "que son muy zorzales", y de los ebrios, "que están borrachos como tencas". Esta reputación licenciosa no les resta nada de su aspecto encantador. Corresponden al "roto" chileno entre la gente alada.

Contrastando con ellos, los picaflores sostienen valientemente su inocencia con una niebla de alas en torno y la cabecita recta, mirando al frente. Son una variedad de los oiseaux mouches, esas diminutas joyas del trópico. Sólo que no sabemos cómo pueden resistir en estas latitudes tan frías. Sin embargo, viven y alegran nuestros jardines con su plumaje maravilloso: tienen el dorso verde-esmeralda, irrisado de luces rojas y áureas; el pecho es blanquecino, con pintas negras; los ojos muy negros también, con una pinta blanca en la comisura exterior que nos da la impresión de que están mirando hacia atrás.

Sin los picaflores, pensaríamos que Dios nos había abandonado en las tonalidades del gris. Ellos son una muestra del color del mundo en esta zona polvorienta, sin colores vivos. Se diría que los picaflores tienen la misión de despertar los espíritus del viaje para hacernos ver cómo es la tierra cuando se va más allá...

Nuestros campos están infestados de zorros, liebres y conejos. De los zorros no hay nada que decir después de Mariano Latorre. De las liebres, sólo sé que dan tres vueltas sobre la cabeza cuando las alcanza el perdigón. En cuánto a los conejos, pienso que son unas señoras tejiendo en círculo bajo la luna, medio oculta por las zarzamoras en un paraje no lejano del río.

Y hasta aquí, las plantas y los animales. Ellos son el color y la voz de Chile que, desde la infancia, se nos grabó en el alma. Su recuerdo nos dice mucho más de esta tierra que todas las geografías: para ellos, como para nosotros, la consigna del destino fue de quedarnos aquí, bajo un mismo cielo, sobre una misma tierra.

Chile o una loca geografía. Págs. 205-213.